PEPITA JIMÉNEZ: FICCIÓN Y REALIDAD

Enrique Rubio Cremades
Universidad de Alicante

El testimonio de Valera sobre el proceso de creación de *Pepita Jiménez* y el estado anímico del propio escritor a la hora de redactar el texto han sido aspectos relevantes a juzgar por la atención prestada por la crítica. Se suele acatar lo dicho por Valera sin réplica alguna, respetando sus asertos sin discusión y aceptando lo publicado bien en prólogos que figuran al frente de su novela o en referencias críticas dadas a la prensa. Así, por ejemplo, en la edición de Appleton (1886) se refiere a su temperamento, talante y carácter de forma bien distinta a como él mismo se autodefine en sus cartas. En la citada edición de Appleton apunta, entre otros aspectos, lo siguiente: «[...] Yo la escribí en la más absoluta plenitud de mi vida, cuando más sana y alegre estaba mi alma, con optimismo envidiable, y con un *panfilismo* simpático a todos, que nunca más se mostrará ya en lo íntimo de mi ser, por desgracia»[1].

Esta benignidad extremada, este panfilismo cuyas connotaciones nos remiten a un estado de flojedad, desidia o muy pausado, contrastan con lo manifestado en su correspondencia particular. En diciembre de 1873 Valera escribe desde Madrid a su hermana Sofía la realidad de su estado anímico:

> Mi situación es angustiosa con estos demonios de mujer y suegra. Ya que no me dan nada, quiero desengañarme pronto. Esta vida no se puede resistir, y me iré desengañado a Doña Mencía. Hace meses que no salgo de Madrid, ni voy al lugar, primero con el engaño de la cátedra y ahora con el de la plenipotencia [...] Mi deseo de que me den la plenipotencia es enorme, pero las cosas andan tan revueltas, que tal

[1] Juan Valera, *Pepita Jiménez*, Nueva York, Edición americana ilustrada, Appleton, 1886. Contiene el prólogo del autor escrito para la edición americana publicada en inglés, pp. 7-15. Reproducido por Manuel Azaña, *Juan Valera. Pepita Jiménez*, Madrid, Espasa-Calpe, 1927, pp. 221-229. La cita en p. 224.

vez me quede con el deseo. De todos modos quiero salir de la incertidumbre. No me dejaré engañar más por vanas esperanzas y me iré al lugar. Cada día conozco más la imposibilidad de vivir con mi mujer: es un demonio. Adiós de nuevo. Soy tu amante hermano, Juan[2].

Contradicciones entre lo dicho en el prólogo de Appleton y su correspondencia. Es evidente que para enjuiciar con objetividad lo manifestado por Valera se debe acudir a la sutil ironía que subyace en sus escritos. Una ironía moderada que nunca alcanza los tonos caricaturescos o exagerados, aunque tampoco conoce limitaciones y discurre con inteligente indeterminación. Precisamente, el gran atractivo de la novela, como señala Andrés Amorós, «nace de la complejidad mental de Valera, de su madurez, que se traduce en una expresión ambigua, irónica»[3].

En la primera referencia epistolar de Juan Valera a *Pepita Jiménez*, carta dirigida a Gumersindo Laverde desde Madrid el 13 de febrero de 1874, señala que se encuentra «estéril, más ostra que nunca. Tengo en el telar mucha tela empezada, pero el telar no anda»[4]. Por primera vez sabemos que *Pepita Jiménez* está en proceso de redacción, pensada en Madrid, desde la añoranza de su patria chica[5]. Sabemos también que Valera, en confesión hecha una vez más a su hermana Sofía (15-III-1874), se siente angustiado tanto por la situación política como por la personal, pues en España reina el caos y Valera no consigue el deseado y añorado *turrón*. El final de la carta resume su estado anímico: «Ya ves que no pueden ser más tristes y menos lisonjeras las noticias que de mi persona te doy. Lejos de aliviarme y conso-

---

[2] Juan Valera, *Correspondencia. 1862-1875*, Edición de Leonardo Romero Tobar, María Ángeles Ezama Gil y Enrique Serrano Asenjo, Madrid, Editorial Castalia, Nueva Biblioteca de Erudición y Crítica, 2003, II, p. 550. Todas las citas a las cartas de Valera se corresponden con la presente edición.

[3] Andrés Amorós, *La obra literaria de don Juan Valera: «la música de la vida»*, Madrid, Editorial Castalia, [Colección Literatura y Sociedad], p. 198.

[4] Juan Valera, 2003, p.552. A continuación nos informa de su producción literaria, indicando, por primera vez, que ha comenzado una novela: «Los diálogos con Gláfira se han quedado en el III y he empezado a escribir una novelita que no publicaré hasta que esté concluida, si alguna vez llega a estarlo, a fin de que no pase lo que con *Mariquita y Antonio* y *Lulú, Princesa de Zabulistán*, que se ha quedado en los primeros capítulos. La nueva novela tiene un título extraño para novela. Se titula *Nescit labi virtus*», *Ibidem*, p. 552.

[5] Un determinado sector de la crítica ha seguido a pie juntillas las opiniones vertidas en la monografía de Carmen Bravo Villasante, *Vida de Valera*, Madrid, Ediciones Magisterio Español, 1974.

larme en mis penas, mi mujer y mi suegra me las aumentan con ser como mis enemigos domésticos. Negra vejez me espera»[6]. Quince días más tarde comunica a Laverde que esta «*escribiendo*» y «*empezando a publicar*» *Pepita Jiménez* en la *Revista de España*. Esta carta coincide con la primera entrega de la novela a dicha publicación, pues las tres restantes se publicaron en el mes de abril (días 13 y 18) y mediados de mayo (día 18). Precisamente la última entrega coincide en el mismo mes y año con una sustanciosa carta dirigida a su hermana Sofía. Epístola no tenida en cuenta en la historiografía valeriana[7] y que ofrece un rico material noticioso sobre *Pepita Jiménez*.

Desde el punto de vista económico la situación no puede ser más angustiosa, pues por estas fechas acude a Francisco Moreno Ruiz para que le preste dinero. Su apuro económico es manifiesto: «Acudo a Vd. a ver si quiere y puede sacarme de él ¿Puede Vd. o bien prestarme por un año diez mil reales, o bien hacer que Lezcano, con quien usted tiene crédito, me los preste a un 8 ó 10 ó 12 por ciento? Mucho agradecería a Vd. este favor»[8]. Con no menos angustia y pesimismo observa la realidad histórica española del momento. Su desazón y desilusión nos recuerda la actitud adoptada por Larra en una época anterior. Valera la resume de forma escueta en una carta dirigida a su hermana Sofía en el año 1874: «España, como sabrás por los periódicos, sigue tan perdida y lo peor es que yo no le veo remedio»[9].

---

[6] Juan Valera, 2003, p. 556.

[7] Me refiero, por ejemplo, a la excelente monografía debida a José F. Montesinos, *Valera o la ficción libre*, Madrid, Castalia, 1970, pues tan sólo cita las cartas de Laverde fechadas el 13 de febrero y 30 de marzo del año 1874. En el caso de la biografía debida a Bravo Villasante las referencias epistolares relacionadas con la publicación de *Pepita Jiménez* no existen.

[8] Esta carta, fechada en Madrid, el día 28 de septiembre de 1874, alude al nacimiento o causa de este problema económico. Valera no puede contar con el dinero de su mujer, de ahí que sus apuros económicos provengan, en parte, de lo manifestado en la carta dirigida a Moreno Ruiz: «Creo que Vd. sabe que para evitar toda clase de cuestiones con mi mujer le tengo entregados sus bienes, la administración de ellos y el derecho a gastar las rentas como le plazca. He hecho con ella un arreglo para pagar ciertas cosas de la casa. Nace de aquí que me hallo a veces en bastantes apuros, y ahora estoy en uno no pequeño», en Juan Valera, 2003, p. 564. El 10 de octubre de 1874, Valera escribe a Moreno Ruiz comunicándole que su primo Joaquín le ha entregado ya los diez mil reales y, un mes más tarde, su hermana Sofía le entrega mil seiscientos francos más. Los apuros económicos, las deudas y la necesidad de tener dinero contrastan, evidentemente, con ese *panfilismo* dulzón nacido de la tranquilidad y bienestar social y económico.

[9] Carta escrita desde Madrid y fechada el 13 de noviembre de 1874. En ella alude por primera vez al inicio de la redacción de *Las ilusiones del doctor Faustino*.

El contraste entre la realidad y lo que figura al frente de la ficción, entiéndase novela, es manifiesta. Don Juan sabe perfectamente que está escribiendo una novela cuando alude a *Pepita Jiménez* en las cartas dirigidas a amigos íntimos o familiares. Sin embargo, cuando la hace públicamente esquiva el término *novela* y utiliza otros vocablos para referirse a ella. En la dedicatoria que figura al frente de *El Comendador Mendoza*, señala que escribió *Pepita Jiménez* «sin caer hasta el fin, en que era novela lo que escribía [...] Así brotó, espontánea, una novela, cuando yo distaba tanto de querer ser novelista»[10]. Años más tarde en el prólogo para la edición de Appleton, pese a que se refiere siempre a *Pepita Jiménez* como novela, señala, una vez más, que «fui novelista cuando menos lo pensaba»[11]. A su hermana Sofía, fiel confidente y receptora de las confesiones íntimas de Valera en sus cartas, alude por regla general al término novela:

> Como es de cosas que ocurren en un lugar de Andalucía, y tiene mucho color local y cierta originalidad española, los extranjeros que hay aquí, como Bauer, M. Layard y otros del cuerpo diplomático, casi celebran más la novela que los españoles. Cuando acabe de salir en la *Revista* [*de España*] la publicaré en un tomito. Todo ello son recuerdos de Cabra y Doña Mencía, naturalmente muy poetizados e idealizados. Como lo celebran tanto, naturalmente me animan y voy a tener que seguir escribiendo novelas[12].

Valera es consciente de que la novela es el único género literario que produce copiosos beneficios y rápida fama. Él solo tiene fe en el dinero[13]

---

[10] Juan Valera, *Obras Completas*, v. I, estudio preliminar de Luis Araujo Acosta, Madrid, Aguilar, 1868 (5ª ed.), p. 363.

[11] Juan Valera, 1886, p. 226.

[12] Juan Valera, 2003, p. 558. La presente carta, escrita desde Madrid y fechada el 5 de mayo de 1874 es la que mayor material noticioso ofrece sobre *Pepita Jiménez*. Incluye variadas noticias, entre ellas el argumento de la novela. Valera dio a conocer el contenido de la misma antes de salir la última entrega de la novela en la *Revista de España*. El propio don Juan la resume así: «[...] Es un chico de 22 años que vuelve del colegio, de estudiar para clérigo; se enamora de una viudita, ahorca los hábitos y se casa con ella. Todo el chiste está en las descripciones, en la conversación y, sobre todo, en los caracteres de los principales personajes, que resultan en efecto vivos y que yo veo que han salido como de mano maestra», p. 558.

[13] A Gumersindo Laverde, en carta escrita desde Plombières, 8 de agosto de 1867, le comunica, entre otros aspectos, lo siguiente: «Yo no tengo *hambre de Dios*, sino hambre de dinero, de goces terrenales y de bienestar en este bajo mundo», Juan Valera, 2003, p. 308.

y por ello quiere finalizar sus novelas *Mariquita y Antonio* y *Abu Hafas o Andalucía y Creta, nueve siglos hace*[14]. Todos se han vuelto novelistas[15] y los escritores que más ganan dinero son, a su juicio, novelistas. En una carta dirigida a Gumersindo Laverde, 6 de octubre de 1866, le comunica que su

> caudalejo no da casi para nada y él necesita mucho para vivir. Todo ello me induce a trabajar como un desesperado; a escribir un libro cada dos o tres meses, a ver si gano algún dinero. Lo que me descorazona es que yo no he atinado con el gusto de los españoles. Aquí ganan dinero, fama y nombre de escritores los Fernández y González, Nombela, Escrig (sic.) y Trueba. Lo que yo escriba puede que no halle ni editor[16].

Dos años más tarde le comunica al mismo corresponsal el inicio y fundación de una nueva publicación, la *Revista de España*. Revista que, según Valera, «tiene la pretensión de ser amena, a más de instructiva y va a publicar novelas. Miguel de los Santos Álvarez, Patricio de la Escosura, Ángel Dacarrete, Correa y otros escriben ya sendas novelas con este destino»[17].

La realidad no es otra que la falta de dinero y la ausencia de un destino que le proporcione el suficiente caudal. La *Revista de España* se acopla perfectamente al deseo de escribir una novela, al igual que otros colaboradores. El añorado éxito llega enseguida. Tras la última entrega de *Pepita Jiménez* en la *Revista de España* aparece la edición de provincias de *El Imparcial*, periódico de gran prestigio fundado el 16 de marzo de 1867 que por las fechas en que se edita *Pepita Jiménez* tenía una tirada de cuarenta

---

[14] Las primeras referencias epistolares a estas novelas de forma conjunta las encontramos en la carta dirigida a Laverde el 24 de abril de 1867. La primera, inconclusa, empezó a publicarse en *El Contemporáneo* el 10 de febrero de 1861. La última entrega fue el 6 de junio de dicho año.

Respecto a su novela también inconclusa *Abu Hafas* el propio Valera da cumplida noticia de su argumento. En posteriores cartas dirigidas a Narciso Campillo, 4 y 11 de octubre de 1867, encontramos nuevos datos sobre los referidos relatos.

[15] El 3 de mayo de 1867 le comunica a Laverde la *conversión* de ciertos amigos en novelistas: «Casaval se ha echado a novelista. En el folletín de *La Época* publica una novela que titula *Juan Cruz, el indiano* [...] También Ferrer del Río esta *novelizando*. Ha tomado por asunto a D. Diego Duque de Estrada. Anoche me leyó un capítulo de esta novela y me pareció bastante bien», Juan Valera, 2003, p. 294.

[16] *Ibidem*, p. 275.

[17] *Ibidem*, p. 337.

mil ejemplares. *El Imparcial,* a mitad camino entre la asepsia de *La Correspondencia* y la intransigencia doctrinal de los periódicos de partido, inicia, precisamente, en el año 1874, la publicación de los famosos *Lunes* literarios, por los que habían de desfilar las mejores firmas del país. En el prólogo de la edición de 1881 Valera señala que la tirada editorial correspondiente a *El Imparcial* fue de treinta mil ejemplares[18]. Ejemplares que correspondían a la edición de provincias[19].

Frente a la realidad que precede a la gestación, redacción y publicación de *Pepita Jiménez,* una España sumida en un caos[20], Valera crea un mundo de ficción idílico, poético, desde la añoranza. Optimismo y panfilismo un tanto dudosos que contrastan con el estado real de su situación poco halagüeña, tanto económica como familiar y social.

El trasvase de lo experimentado en su propia vida a la ficción novelesca se evidencia en numerosísimas páginas de la novela. En unas ocasio-

---

[18] En el prólogo de la edición de *Pepita Jiménez*, Madrid, Edición de Escritores Castellanos, Tello, 1888, señala al respecto lo siguiente: «La presente edición es la novena de esta novela, que ha tenido un éxito muy superior a lo que el autor podía imaginarse. Se publicó por vez primera *Pepita Jiménez* en la *Revista de España*. *El Imparcial* la publicó después en su edición de provincias, de la que hace una tirada de 30.000 ejemplares. Y, por último, en tomo aparte se ha publicado cinco veces: una vez por cuenta del autor; otra, por cuenta del señor don Abelardo de Carlos y tres por cuenta de los señores Perojo y Álvarez», *Prólogo*, p. III. *El Imparcial*, 5 de octubre de 1874, señala al respecto que la tirada de Madrid es de 17.147 ejemplares, y la de provincias de 25.119; el 6 de octubre aumenta la cifra a 17.180, y para provincias 25.127. El número correspondiente al 7 de octubre da la cifra de 17.130 ejemplares para Madrid y 25.151 para provincias.

[19] Existe una edición facsímil de la novela publicada en *El Imparcial*, cuya edición, prólogo y aparato crítico están realizados por Cristóbal Cuevas y Salvador Montesa, Málaga, Editorial Arguval, 1994. Cfr. también en Ana Navarro, «Historia editorial de *Pepita Jiménez*», *Cuadernos para Investigación de la Literatura Hispánica*, 10, 1988, pp. 81-108 y Leonardo Romero Tobar, «*Pepita Jiménez* en folletín: la historia interminable de las publicaciones efímeras», *Ínsula*, 562, 1993, p. 4 a-b.

[20] La situación real de España en el momento preliminar de la redacción de *Pepita Jiménez* es desolador. En una carta a su hermana Sofía –Madrid, 26 de junio de 1873– le comunica, entre muchos aspectos relativos al caos generalizado, lo siguiente: «[...] Entre tanto, sigue la guerra en Cuba; la guerra civil con los carlistas en Navarra, Provincias Vascongadas y Cataluña, y un motín diario en cada ciudad, señaladamente Málaga, Cádiz, Sevilla, Granada y Barcelona. El Tesoro, exhausto. Los francos haciendo cada día mayores barbaridades. Ayer quemaron las mieses en Leganés y sostuvieron una batalla con otras tropas que allí había. Las Cortes, en su mayoría, tienen ganas de poner orden en todo, pero tienen miedo de los clubs, que son los que gobiernan [...]», en Juan Valera, 2003, p. 538.

nes, idealiza o poetiza un contexto urbano y social que es bien distinto al experimentado en la vida real. En otras, la propia experiencia y su perfil biográfico se infartarán en la ficción novelesca, produciéndose un trasvase entre la realidad y ficción. Por ejemplo, la ascendencia genealógica de Pepita Jiménez, su casamiento con don Gumersindo, su viudez y posterior rechazo a los pretendientes o sus ademanes, porte y belleza, son aspectos que se dan tanto en la ficción como en la realidad. Ya en *Mariquita y Antonio* se proponía contar sus relaciones sentimentales con la famosa actriz Magdalena Brohan, bellísima mujer con la que tuvo Valera una apasionada aventura, tal como él mismo cuenta en sus cartas no exentas de erotismo a Leopoldo Augusto de Cueto desde San Petersburgo. *Las ilusiones del doctor Faustino*, iniciada su redacción en noviembre de 1874 –carta a su hermana Sofía el 13 de noviembre de dicho año–, es parte de la historia del mismo Valera joven, descrita y examinada por el Valera experto, ducho y entrado en años. Don Faustino se identifica con el ambicioso Valera de los primeros años. En *El Comendador Mendoza* se proyectará en don Fadrique Lope de Mendoza. El regreso o vuelta de este personaje a su pueblo es muy parecido al del propio Valera a Cabra y Doña Mencía, al igual que el matrimonio final del Comendador, que tiene cincuenta años, con Sofía, de dieciocho, es un claro reflejo de lo que ocurre años más tarde en *Juanita la Larga*. Don Braulio, personaje de su novela *Pasarse de listo* ofrece también retazos biográficos valerescos, al igual que en sus últimas novelas, como *Genio y figura* o la ya citada *Juanita la Larga*.

En *Pepita Jiménez* aparecen muchísimos episodios que se entrecruzan entre la ficción y la realidad. Manuel Azaña en su estudio *La novela de Pepita Jiménez*[21] señalaba al respecto que el episodio o lance principal, la seducción del joven seminarista por la viuda, se fundamenta, con ligeras alteraciones, con un caso de familia. Doña Dolores Valera y Viaña era novia del joven don Felipe de Ulloa; pobres los dos no se determinaron a casarse. Dolores Valera y Viaña, hermana del padre de Valera, tuvo que casarse por decisión materna con don Casimiro Valera, hombre de ochenta años y de parecido perfil al de don Gumersindo, el personaje de Valera[22] que, con un pie en el sepulcro,

---

[21] Madrid, Cuadernos Literarios [*La Lectura*], 1927, 92 pp.

[22] Con gran formalidad le formuló don Gumersindo a Pepita Jiménez la siguiente pregunta: «Muchacha, ¿quieres casarte conmigo? Pepita, aunque la pregunta venía después de mucha broma, y pudiera tomarse por broma, y aunque inexperta de las cosas del

sorprendió a todos, tras lanzar a Pepita varios requiebros y solicitar su mano. Precisamente estos fundamentales sucesos han sido documentados con precisión y rigor por Joaquín Zejalbo[23]. El estudio genealógico revela tanto la ascendencia como principales actividades desarrolladas a lo largo de la vida de estos personajes. Don Casimiro, nacido en Cabra el 4 de marzo de 1748 y fallecido en dicha villa el 8 de septiembre de 1829, estuvo casado en primeras nupcias con doña Ignacia Piña y Lorite, que contaba cuatro años más que don Casimiro. Hija del murciano don Juan Lorenzo de Piña, falleció en Cabra el 1 de junio de 1819 sin dejar descendencia. Don Casimiro, viudo y con setenta y un años de edad, poseedor de un copioso patrimonio que le permitió convertirse en prestamista será el *alter ego* del Gumersindo valeriano que en el año 1827 iniciaba la tramitación pertinente con su sobrina nieta Dolores Valera a fin de casarse con ella. El 18 de octubre de 1827 se lleva a cabo el matrimonio. Ambos novios tenían a la sazón ochenta y treinta años de edad, respectivamente. Una vez viuda doña Dolores Valera[24] se casará a las pocas semanas del fallecimiento de don Casimiro con don Felipe de Ulloa y Aranda, de treinta y nueve años de edad. El 30 de septiembre de 1829 se expiden copias de sus partidas sacramentales, a fin de iniciar el expediente matrimonial. Es evidente que existía entre la joven viuda y don Felipe de Ulloa una relación amorosa anterior al matrimonio de la joven con don Casimiro. De ellos tomó Valera

---

mundo, por cierto instinto adivinatorio que hay en las mujeres y sobre todo en las mozas, por cándidas que sean, conoció que aquello iba por lo serio, se puso colorada como una guinda y no contestó nada. La madre contestó por ella. –Niña, no seas mal criada: contesta a tu tío lo que debes contestar: Tío, con mucho gusto; cuando usted quiera», Juan Valera, 1868, p. 120.

[23] Vid. Joaquín Zejalbo Martín, «La familia de Don Juan Valera y los personajes reales de la novela *Pepita Jiménez*», *La Opinión* [Cabra], 7 de septiembre de 1986, pp. 13–23 y *Los orígenes egabrenses de Don Juan Valera*, Cabra [Edición no venal. Sin pie de imprenta ni paginado], 1990.

[24] El 11 de febrero de 1829 don Casimiro testó ante el escribano D. Manuel Pino Sandoval. En dicho documento dispone que a su esposa se le restituya la dote y arras, así como la mitad de los gananciales del matrimonio con los bienes que más le acomoden, expresando a continuación reales sentimientos cariñosos sobre su esposa, pues «mi ánimo e intención es preferirla en todo en atención a sus laudables prensas con que se halla revestida y adornada la antes citada señora, mi esposa, que la hacen acreedora a mi gratitud, por lo tanto ninguna persona por facultada que sea a mis bienes se puede oponer a esta mi determinación por ser así mi última y postrera voluntad». *Apud.*, Joaquín Zejalbo, 1986, p. 21.

los datos que «interesaban para su relato influido por el cuento amoroso de *Dafnis y Cloe*, así convirtió a Felipe en seminarista, pues era el prototipo del joven ingenuo que descubre la verdad del amor de la mano de Pepita Jiménez»[25].

Queda demostrado que don Luis Vargas, *alter ego* de don Felipe de Ulloa no fue seminarista y, tal vez, la referencia a esta condición se refiera a dos sucesos verídicos ocurridos en la vida del propio Valera. Dos historias reales que, como señala Antonio Moreno, «con unos personajes y las adaptaciones convenientes, darían unidad al relato»[26]. A. Moreno señala al respecto que la primera parte de *Pepita Jiménez* –«Cartas de mi sobrino»– recoge las vivencias de Valera durante su adolescencia en su etapa de reclusión en el Seminario Conciliar en Málaga, con ocasión de unas vacaciones pasadas en Cabra, que le permitieron adentrarse en la vida rural, el aire libre, cacerías, paseos a caballo y diversiones propias de su edad. En esta etapa de su vida conoce a Paulina, una joven de catorce años que despertó en el adolescente Valera su sentimiento amoroso. Joven que con el correr de los años se convertiría en la condesa de Cabarrús. El segundo suceso real lo protagoniza el receptor de la correspondencia de Luis Vargas que, en opinión de A. Moreno, es un vivo reflejo de otro suceso acaecido en la vida real:

> La correspondencia simboliza la que Valera, desde el Seminario pudo mantener con su tío Juan José, un clérigo que vive en Doña Mencía y supervisa la vocación de su sobrino, convirtiéndose en su confidente. Será su tío el que descubra que el joven Valera, que hace versos y suspira por Paulina, no tiene madera de sacerdote. Vencida la vocación por el amor de una mujer y a la propia vida, Valera enlaza con la historia de Dolores Valera y Felipe de Ulloa, convirtiendo a don Luis en seminarista y dando un tinte más romántico a la seducción de Felipe de Ulloa por la joven viuda[27].

Don Felipe moriría a los setenta y dos años de edad, el 22 de septiembre de 1862; su esposa Dolores el 17 de abril de 1880, a los ochenta y

---

[25] *Ibidem.*, p. 22.

[26] Antonio Moreno Hurtado, *Don Juan Valera. Hechos y circunstancias*, Cabra, Delegación de Cultura del Ayuntamiento de Cabra, 2002, p. 43.

[27] *Ibidem*, p. 43.

tres años. Con anterioridad había trasladado los restos de su marido a la capilla de San Felipe[28]. Historia de amor en la que se entrecruzan y engarzan lances verídicos y episodios creados por la imaginación de Valera. A los ya señalados habría que apuntar la diferencia de edad entre don Luis de Vargas y Felipe de Ulloa o la presencia de una madre que aconseja a su hija en *Pepita Jiménez* frente a una inexistente en la vida real, pues la madre de Dolores Valera ya había fallecido cuando se concertó el casamiento con don Casimiro.

La idealización de la heroína de Valera es evidente. Su arquetipo de belleza corresponde en realidad a las preferencias tanto del joven como del maduro Valera. La idealización de Pepita Jiménez se identifica con modelos conocidos, reales. A lo largo de su vida Valera destaca en su epistolario aquellos rasgos que más le impresionan de las mujeres. Todas coinciden en sus cartas y, casi en su totalidad, asoman en la idealización de Pepita Jiménez, vgr.: manos cuidadas, dientes nacarados, tersa frente, purpúreos labios, belleza armónica, aseo meticuloso, pulcra, distinguida. En las cartas del joven seminarista dirigidas al deán leemos y percibimos con nitidez todos estos tics caracterizadores. Así, en la carta fechada el 14 de abril leemos lo siguiente: «[...] su andar airoso y reposado, su esbelta estatura, lo terso de su frente, la suave y pura luz de sus miradas, todo se concierta en un ritmo adecuado, todo se une en una perfecta armonía donde no se descubre nota que disuene»[29]. En la carta fechada el 20 de abril Pepita Jiménez aparece descrita de la siguiente guisa: «[...] lo blanco, sonrosado y limpio de su tez, la igualdad y nacarado esmalte de los dientes que descubre a menudo cuando sonríe, la fresca púrpura de sus labios, la serenidad y tersura de su frente [...]»[30]. Otros signos de belleza se perciben desde la óptica del joven Luis que complementan los anteriores, como «la forma recta de la nariz, ya la pequeñez de la oreja, ya la suavidad de contornos y admirable modelado

---

[28] Matilde Galera, «El sepulcro de Pepita Jiménez», *La Opinión* [Cabra], 7 de julio de 1974, documenta este dato a través del testimonio del catedrático de Retórica y Poética, Luis Herrera y Robles, amigo de Dolores Valera y autor de un poema titulado *En la medición de la capilla de San Felipe, erigida en el caserío de Las Lomas (término de Cabra) por la señora doña Dolores Valera para trasladar a ella los restos de su difunto esposo, D. Felipe de Ulloa.*

[29] Juan Valera, 1868, p. 134.

[30] *Ibidem*, p. 135.

de la garganta»[31]. La lectura del epistolario de Valera, desde la primera carta editada –14 de enero de 1847– hasta la publicación de las entregas de *Pepita Jiménez* en la *Revista de España* (28 de marzo-13 de mayo de 1874), nos permite conocer todos estos tics caracterizadores como sinónimo de belleza suprema. Tics caracterizadores destacados por el propio Valera tanto en sus correrías y aventuras amorosas como en simples enamoramientos platónicos. A Leopoldo Augusto de Cueto desde Berlín le escribe en 1857 que ha conocido a dos mujeres, «a dos pecadoras, no ya de las Margaritas que viven con sus padres, sino de las emancipadas y libres. Una de ellas era muy preciosa y lucía dientes como perlas»[32]. En una de sus muchas correrías amorosas en Brasil, el joven Valera, en una carta dirigida a Estébanez Calderón, describe a su *cotorrona–sabrosa* de la siguiente guisa: «Mi prenda es blanca y rubia; elegantísima en el vestir y más limpia que el oro; las carnes frescas y la mano más linda de la ciudad»[33]. Desde Dresde escribe y detalla en varias cartas dirigidas al mismo corresponsal la belleza de Pepita Oliva, primera bailarina del Gran Teatro Real de Madrid que por estas fechas deslumbra por su belleza y arte al público alemán. Su descripción alude a sus inmensos ojos, grandes y brillantes, y a su cuerpo, de parecido corte al de Pepita Jiménez[34]. Su relación amorosa con Magdalena Brohan encuentra en Cueto al perfecto interlocutor y confidente. Las descripciones relativas a esta bella mujer se ajustan al arquetipo de belleza femenina deseado y admirado por Valera, pues guarda estrecha vinculación con el canon de belleza de la época: «La boca grande, los labios frescos y gruesos, y dos hileras de dientes como dos hilos de perlas que dejan ver cuando se ríe, que es a cada instante»[35]. Ademanes, galanteos y usos amorosos descritos tanto en su correspondencia como en su novela *Pepita Jiménez*. Valera se refiere a la mujer andaluza con toda suerte de elogios, desde su andar y contoneo airoso hasta sus modales, manejo del abanico y miradas lánguidas o voluptuosas[36]. Una errante amazona andaluza de veinte años, afincada en el año 1851 en Lisboa, la

---

[31] *Ibidem*, I, p. 148.

[32] Juan Valera, *Correspondencia. 1847–1861*, V. I, edición de Leonardo Romero Tobar, María Ángeles Ezama Gil y Enrique Serrano Asenjo, Madrid, Castalia, 2002, p. 546.

[33] *Ibidem*, p. 224.

[34] *Ibidem*, pp. 309–310. Carta a Serafín Estébanez Calderón, Dresde, 31 de mayo, 1855.

[35] *Ibidem*, pp. 477–478. Carta a Leopoldo Augusto Cueto, San Petersburgo, 13 de abril, 1857.

[36] *Ibidem*, p. 160. Carta a Serafín Estébanez Calderón, Lisboa, 10 de mayo, 1851.

describe Valera con gracejo y no poco desenfado. Siempre los ojos, la boca y el cuerpo son ponderados cuando se ajustan al canon de belleza por él deseado, es decir, ojos grandes, dulces y melancólicos, boca colorada y fresca como una guinda, dientes como perlas, cuerpo saleroso, primor en el vestir y aseo en la persona[37]. Esta bella mujer andaluza que causó admiración en las legaciones europeas con sede en Lisboa, puede ser el boceto de la joven Pepita Jiménez, pues al igual que ella es un «tesoro de discreción y hermosura, blanca de cutis, sonrosado el rostro, la boca pequeña y fresca, la nariz delicada [...]»[38]. Mujer cuyos dientes son como perlas, desenvuelta en sus modales y de buen humor.

Las descripciones de Valera correspondientes a su heroína de ficción, Pepita Jiménez, poco difieren de las extractadas de su epistolario. En la carta del joven seminarista dirigida a su tío el deán, 28 de marzo, se destaca «la blancura de sus manos, las uñas tan bien cuidadas y acicaladas y todo el aseo y pulcritud con que está vestida»[39]. Siempre se ha dicho que el retrato de la protagonista es un claro ejemplo de elaboración literaria de estudiada idealización y que su belleza artificiosa se corresponde a las heroínas de algunos poemas del propio Valera, respondiendo así a un cliché generalizador, con rasgos líricos convencionales, tópicos de belleza renacentista. Sin embargo, la realidad es bien otra, pues las mujeres por él deseadas y amadas, desde la más guardadora de su honra hasta la meretriz más deseada, poseyeron estas cualidades físicas. Un ejemplo sería la atención que Valera presta a las manos[40] y cuyas fuentes nos remiten al *Libro de la Vida* de Santa Teresa de Jesús –«Comencé a traer galas y a desear contentar en parecer bien, con mucho cuidado de manos y cabello»–. Sin embargo, este motivo

---

[37] *Ibidem*, p. 156. Carta a Serafín Estébanez Calderón, Lisboa, 2 de abril, 1851.

[38] *Ibidem*, p. 171. Carta a Serafín Estébanez Calderón, Lisboa, 2 de julio, 1851.

[39] Juan Valera, 1868, p. 124.

[40] Un rasgo coincidente entre la ficción y realidad serías las descripciones referidas a las manos: «Se conoce que [Pepita] cuida mucho sus manos y que tal vez pone alguna vanidad en tenerlas muy blancas y bonitas, con unas uñas lustrosas y sonrosadas; pero si tiene esta vanidad, es disculpable en la flaqueza humana, y al fin, si yo no estoy trascordado, creo que Santa Teresa tuvo la misma vanidad cuando era joven, lo cual no le impidió ser una Santa tan grande [...] Es tan distinguido, tan aristocrático, tener una linda mano [...] La mano es el instrumento de nuestras obras, el signo de nuestra nobleza, el medio por donde la inteligencia reviste de forma sus pensamientos [...]», *Ibidem*, p. 129.

no está literaturizado en su correspondencia, y si bien es verdad que esta cualidad de la belleza aparece tanto en sus poemas –*En el álbum de María, La ninfa de las aguas, A Gláfira*...– como en sus novelas –*Mariquita y Antonio, Doña Luz, El Comendador Mendoza, Juanita la Larga*...–, de igual forma se da en sus cartas eróticas y en las confesiones íntimas dirigidas a familiares y amigos. Otro tanto sucede con la ponderación de la hermosura de Pepita Jiménez, pues sus atributos y cualidades estaban ya presentes en personas de carne y hueso que el propio Valera conoció a lo largo de su vida. Ya en los primeros escarceos amorosos en fiestas y saraos por cortes europeas y americanas, Valera irá describiendo a sus corresponsales la belleza, cualidades, porte y galanura de las mujeres. A sus aventuras amorosas unirá la descripción de la mujer correspondiente, destacando siempre las cualidades que adornan la belleza de Pepita Jiménez. De esta forma la ficción y la realidad se aúnan, naciendo un arquetipo de belleza femenina, de ahí que la relación amorosa que el propio Valera mantiene con Margarita Brohan se corresponda con el episodio amoroso entre Pepita Jiménez y don Luis. Sirva como botón de muestra la mirada, los ojos. La sensación de pasión y sentimiento son los mismos: «Sus ojos están dotados de una atracción magnífica inexplicable. Me atrae, me seduce, y se fijan en ella los míos. Mis ojos deben arder entonces, como los suyos, con una llama funesta; como los de Amón cuando se fijaban en Tamar; como los del príncipe de Siquén cuando se fijaban en Dina»[41].

En la carta que Valera dirige a Leopoldo Augusto de Cueto –13 de abril de 1857– la mirada, la importancia de los ojos es el fundamental preámbulo de la relación amorosa:

> Nos miramos de nuevo los ojos, nos acercamos, se encendieron nuestros ojos y llegué a darle un beso en la frente [...] Entonces, sentado a la cabecera, y casi inclinado sobre la cama, me puse a mirarla en silencio y muy fijamente, y a ella se le adormecieron los ojos, y se le humedecieron, y me dijo que la magnetizaba [...] Obedecí humildemente, y dejé de mirarla; me eché sobre el sillón, me puse a suspirar como enamorado y a callar como en misa. Magdalena se incorporó entonces y me miró a su vez, con ojos tan cariñosos y provocativos, que me levantó en peso del sillón, y diciéndola, 'te amo', me eché

[41] *Ibidem*, p. 147.

sobre ella, y la besé y la estrujé y la mordí, como si tuviese el diablo en mi cuerpo[42].

En el primer texto Valera alude a Amón, el mayor de los hijos de David, cuya historia apasionada fue tratada, entre otros, por Tirso de Molina –*La venganza de Tamar*– y por Calderón –*Los cabellos de Absalón*–. Dina, hija de Jacob y Lía, atrajo el amor de Siquén, hijo de Jacob. Siquén la forzó, pero en lugar de odiarla se enamoró de ella (*Génesis*, XXXIV, 1–19). En la carta dirigida a Cueto, después de una relación amorosa utilizará, al igual que en la ficción, la cita literaria:

> En fin, fue una locura de amor que duró hasta las dos de la noche, desde las nueve. Pero nunca consintió ella, por más esfuerzos que hice, en hacerme venturoso del todo. Y siempre que lo intenté, se resistió como una fiera; por donde rendido, y lánguido y borracho, me dejé al cabo caer sobre ella como muerto, y como muerto me quedé más de una hora, y ella también pamée, y uniendo boca con boca, como palomicas mansas. Dafnis y Cloe, antes de saber el último fin del amor, no se abrazaron nunca tan prolongada y amorosamente[43].

La pasión amorosa, el despecho, la descripción del amargo, el peculiar comportamiento y orgullo o las condiciones morales de sus heroínas de ficción se corresponden con otros tantos moldes reales. La lectura de su epistolario es la mejor guía para seguir todo su proceso de redacción. No se debe olvidar que *Pepita Jiménez*, al igual que otras novelas, están escritas desde la añoranza, del recuerdo; de ahí que vierta sus vivencias personales en el mundo de ficción, poetizando e idealizando la realidad. Recuerdos, en definitiva, de un hombre que a los cincuenta años vierte su experiencia tanto literaria como mundana en sus relatos.

Otros puntos de interés convergentes entre la ficción y la realidad serían los relativos a la edad de los personajes en su relación amorosa o los

---

[42] Juan Valera, 2002, pp. 479–480. San Petersburgo, 13 de abril, 1857.

[43] Consumación amorosa que no tardó en llegar, pues el 1 de mayo de 1857, dos semanas más tarde, le comenta varios episodios de su estancia en San Petersburgo, entre ellos el de su relación amorosa con Magdalena Brohan: «Ni hay en esta estación muchas tertulias, pero los teatros francés y alemán me distraen, y la Brohan, aunque ya voy conociendo sus artes, me tiene aún en la concha de Venus amarrado. Hoy me toca ir a verla por la tarde, de dos a cinco. El Duque [de Osuna] estuvo anoche, de siete a diez. Tres horas para cada uno. La extensión es igual, no sé si la intensidad de la cita lo será también», *Ibidem*, p. 517.

comportamientos de los mismos héroes de ficción con episodios acaecidos o vividos en la vida real, como, por ejemplo, el rechazo de pretendientes por parte de Pepita Jiménez, o la visión del mundo rural en la ficción y en la realidad. En unas ocasiones predominarán las concomitancias; en otras, las analogías. Así, en la relación inicial amorosa, entiéndase cortejo entre don Pedro y Pepita en el inicio de la novela, las similitudes entre la ficción y la realidad son evidentes. Bien es verdad que el desenlace del relato no es otro que el matrimonio entre los dos jóvenes, pues la renuncia del padre a favor del hijo en dicha relación impide que la rivalidad amorosa discurra de forma trágica. El matrimonio como negocio, tal como sucede con el casamiento entre el anciano don Gumersindo y la joven Pepita, es una línea de conducta que está siempre en la mente de Valera. De todos estos aspectos el lector tiene numerosísimas referencias en las cartas del propio escritor dirigidas a familiares y amigos. Por ejemplo, a raíz del compromiso entre su hermana Sofía y el duque de Malokoff, nacido en el año 1794, es juzgada positivamente por Valera. Cabe recordar que Sofía, compañera en su niñez y amiga de juegos de Eugenia de Montijo, será protegida por la condesa de Montijo. Sofía es un buen partido gracias a su belleza, feminidad, dulzura y ademanes. La condesa de Montijo, ilustre casamentera, ya había conseguido su propósito con sus hijas; una será duquesa de Alba; la otra emperatriz de los franceses. La condesa de Montijo piensa en un buen partido para Sofía, y éste no es otro que el mariscal Aimable Jean Jacques Pelissier, duque de Malakoff. Sofía es una mujer joven; el duque es un sesentón con una posición social envidiable. Valera en carta dirigida a su hermano José Freuller, año 1858, le dice al respecto lo siguiente:

> Yo soy muy materialista y aprecio la hermosura y la juventud; pero no lo soy tanto que no comprenda que un hombre, aunque sea viejo y feo, pueda interesar y hasta enamorar locamente a una mujer, cuando está circundado de una aureola de gloria. El valor y el ingenio valen más y son más amables y seductores que la belleza. Así, pues, entiendo, o mejor diré, estoy seguro de que Sofía, poniendo a un lado la elevadísima posición y dinero del novio, que algo es también en el mundo y que hasta los más interesados tienen y cuentan por algo, se casa con el duque de Malakoff y con sus sesenta y cuatro años más contenta y satisfecha de corazón que si se casara con un mozo elegantísimo y precioso como los señoritos de por ahí[44].

[44] *Ibidem*, p. 585. Carta a José Freuller y Alcalá Galiano, Madrid, 25 de agosto de 1858.

Un novio viejo y una novia joven. Una relación amorosa que si bien es criticada por amigos o, simplemente, conocidos de la familia Valera, el autor de *Pepita Jiménez* no le extraña, pues no sólo la justifica, sino que también la aplaude y la califica con toda suerte de epítetos elogiosos.

No es extraño, pues, que con tales testimonios epistolares dictados por Valera en una etapa situada entre la juventud y la madurez, dicha diferencia de edad entre sus personajes literarios tuviera un antecedente personal. Por ejemplo, desde la perspectiva del joven seminarista, su padre, a pesar de sus cincuenta y cinco años, no sólo está en la plenitud de la vida, sino que también puede ensombrecer a los jóvenes, pues «está tan bien que puede poner envidia a los más gallardos mozos del lugar. Tiene además el atractivo poderoso, irresistible para algunas mujeres, de sus pasadas conquistas, de su celebridad, de haber sido una especie de don Juan Tenorio»[45]. Es evidente que el propio Valera se proyecta en los juicios del joven Luis, pues el testimonio de sus correrías y aventuras amorosas hablan por sí solas. Tanto don Pedro como el propio Valera son cincuentones, y con experiencias idénticas.

El matrimonio como negocio persigue tanto a los personajes de ficción valerescos como al propio Valera. La correspondencia habla por sí sola, siendo dicho aspecto un tema reiterativo en sus cartas desde época muy temprana. A finales de los años cuarenta y principios de los cincuenta, Valera mantiene una relación sentimental con Malvinita, *la Culebrosa*, hija del duque de Rivas. El testimonio que de ella da en sus cartas es bien claro, pues «la *Culebrosa* (y esto quede entre nosotros) está decidida por mí y con terribles deseos de casarse y de que nos vayamos juntos a Nápoles en busca de papá bonito. La niña es muy bonita, pero el mismo diablo no es más travieso, ni el santo Job más pobre que ella. No tiene más dote que los del Espíritu Santo [...]»[46]. Desde Lisboa escribe a su hermana Sofía –22 de octubre de 1853– una vez más con idéntica intención: la perspectiva de boda unida a la dote de la

---

[45] Juan Valera, 1868, p. 118.

[46] *Ibidem*, p. 74. Carta a José Valera, Madrid, 23 de febrero de 1850. Meses más tarde le comenta a su padre los pormenores de la dote y las ventajas de su casamiento: «Como cálculo no me parece una cosa ventajosísima el casarme con la niña; pero no deja, sin embargo, de tener sus ventajas. Ella no es rica, pero su posición es muy buena, y el Duque, Cueto y sus amigos me levantarían y ayudarían entonces. La *Culebrosa*, además, tendrá por lo menos 10 ó 12 mil reales de alimentos y su título de marquesa. Como cosa deleitable no deja de serlo, porque la muchacha es graciosísima», *ibidem*, p. 95.

mujer. En esta ocasión se trata de una tal Julia, hija de un portugués y una española, según describe Valera en sus cartas, con unos ochenta mil duros de fortuna, y con quien parece comprometerse, según se deduce de esta correspondencia[47]. Pepita Jiménez, hija de Francisca Gálvez, viuda de un capitán que dejó a su muerte «sólo su honrosa espada por herencia» vivió con su madre en la mayor estrechez, casi en la miseria. Por dinero se casa con don Gumersindo y por dinero, además de su belleza, es cortejada por los ricos–hombres del lugar cuando se convierte en una rica viuda. El valor moral de este matrimonio no lo discute Valera, al igual que el matrimonio de su hermana Sofía con un sesentón, pues gracias a este matrimonio puede proporcionar a su madre una vejez descansada y libertar a su hermano de la deshonra y de la infamia. Valera con argumentaciones más o menos válidas, aunque adecuadas a su talante y peculiar concepción del matrimonio como forma de remediar la pobreza, favorece con sus juicios la actitud bondadosa de Pepita Jiménez:

> Por otra parte, ¿cómo penetrar en lo íntimo del corazón, en el secreto escondido de la mente juvenil de una doncella criada tal vez con recogimiento exquisito e ignorante de todo, y saber qué idea podía ella formarse del matrimonio? Tal vez entendió que casarse con aquel viejo era consagrar su vida a cuidarle, a ser su enfermera, a dulcificar los últimos años de su vida, a no dejarle en soledad y abandono, cercado solo de achaques y asistido por manos mercenarias [...] si algo de esto o todo esto pensó la muchacha, y en su inocencia no penetró en otros misterios, salva queda la bondad de lo que hizo[48].

---

[47] El testimonio de Valera no puede ser más taxativo, pues en carta a su hermana Sofía, 22 de octubre de 1853, le dice al respecto lo siguiente: «Todos supondrán que me caso por los 80.000 duros que tiene la novia. Advierte que te hablo como si conmigo mismo estuviera hablando. La novia tomó en casarse conmigo tal empeño, que no sabré como resistirme aunque quiera. Yo, cuando estuve aquí de agregado [Lisboa], le hice la corte, casi sin pensar, y por pasar el tiempo. Pude romper cuando me fui a Brasil, y aún desde allí pude romper no escribiendo. Pero al verme en Brasil solo, con poco dinero y menos comodidades, viviendo como San Alejo en el hueco de una escalera, melancólico y desabrido a pesar de las gracias de don José Delavat, y suponiendo con mi imaginación biliosa lo por venir más negro y feo, y temeroso de lo que acaso sea con efecto, me di a entender que el casarme estaría bien, y escribí a Julia», *ibidem*, pp. 256-257.

[48] Juan Valera, 1868, p. 120.

La muerte de don Gumersindo se produce a los tres años del casamiento, convirtiéndose en una mujer codiciada por los cazadotes. Al igual que en la realidad, Valera señala en su novela que «la gente es muy aficionada al dinero», porque abre camino y da crédito y consideración en el mundo. Pepita, pues, con dinero, hermosa y en buen uso de su riqueza, es una mujer deseada y codiciada. Viuda joven, al igual que su hermana Sofía que enviudó también a los pocos años del casamiento, con una considerable fortuna y sin los apremios económicos conocidos.

La ficción y la realidad se engarzan admirablemente en la novela *Pepita Jiménez*. El mundo de las tertulias, los recorridos por los alrededores de Cabra y Doña Mencía, la presencia de motivos culinarios, las referencias a los clásicos, los juegos de azar, las dudas y vacilaciones en materia religiosa, los galanteos amorosos, sus especulaciones, el afán y deseo del triunfo, entre otros múltiples aspectos, se dan tanto en la ficción como en la realidad. Pequeños destellos que pasan desapercibidos ante el lector de sus cartas por considerarlos superficiales o poco interesantes y que, sin embargo, trascienden en su mundo de ficción. Sirva de botón de muestra el episodio en el que el joven seminarista a lomos del caballo Lucero impresiona no sólo a Pepita, sino a toda la concurrencia, especialmente a su primo Currito que, embelesado e inmóvil, estaba deslumbrado y asombrado por la forma de montar a caballo. La doma de caballo está presente en otras novelas de Valera, como en *Las ilusiones del doctor Faustino* o en *Doña Luz*. Evidentemente en *Pepita Jiménez* se evidencia la influencia de la obra *Toros y ejercicios de la jineta*, de su admirado amigo e íntimo confidente Serafín Estébanez Calderón. En la presente novela este motivo de ilustre tradición literaria tiene una carga simbólica manifiesta: el homenaje de don Luis –el caballero– a Pepita –la dama–. El cortejo a la mujer deseada o el paseo a caballo como medio de impresionar a la mujer se evidencia también en su epistolario. Valera nos dice que un buen jinete es capaz de enamorar o despertar la admiración entre las mujeres. La carta dirigida a Leopoldo Augusto de Cueto desde San Petersburgo, 18 de mayo de 1857, es un fiel reflejo de lo dicho en estas líneas, pues el buen jinete no encuentra obstáculos en la consecución del deseo amoroso. Ya con anterioridad el propio Luis se sentiría ridículo montando a lomos de un jumento. La equitación, en palabras de Pepita, «no se opone a la vida que usted piensa seguir, y yo creo que su padre de usted, ya que está usted aquí, debiera en pocos

días enseñarle. Si usted va a París o a China, allí no hay ferrocarriles aún. Tal vez se desacredite el misionero entre aquellos bárbaros, merced a esta torpeza, y luego sea más difícil de lograr el fruto de las predicaciones»[49]. La misma alusión a la vocación de misionero del joven es sentida en momentos de tedio, aburrimiento y desesperación por el propio Valera en sus cartas, como aquella confesión dirigida a Cueto: «Pero yo, por no ser nada de veras, ni pagano soy. Momentos tengo en que soy católico ferviente, y siento arranques de meterme fraile y de irme a predicar el evangelio a la Oceanía o al centro de África»[50].

Los paseos por los viñedos, las idas al campo a inspeccionar las labores, el ajuste de cuentas con el aperador, el visitar las bodegas y candioteras, el clasificar, trasegar y perfeccionar los vinos y el tratar con chalanes para compra o venta de los caballos, o con gente de Jerez que vienen a adquirir el vino para trocarle en jerezano son las principales ocupaciones de los señores del lugar. La siega, la vendimia y la recolección de la aceituna configuran también la vida de lugareños y señores. Es un mundo idílico, en el que no tiene cabida la cruel realidad, la dureza del campo, las malas cosechas. En *Pepita Jiménez* la ficción es bien distinta a la realidad, tal como aparece en el *Epílogo. Cartas de mi hermano*:

> Todo prospera en casa. Luis y yo tenemos unas candioteras que no las hay mejores en España, si prescindimos de Jerez. La cosecha de aceite ha sido este año soberbia. Podemos permitirnos todo género de lujos, y yo aconsejo a Luis y Pepita que den un buen paseo por Alemania, Francia e Italia. No bien salga Pepita de su cuidado y se restablezca. Los chicos pueden, sin imprevisión ni locura, derrochar unos cuantos miles de duros en la expedición y traer muchos primores de libros, muebles y objetos de arte para adornar su vivienda[51].

Sin embargo, en esta ocasión la realidad es bien distinta. Todo este texto idealiza una realidad cruel que le valió a Valera grandes pesares y disgustos. Desde época bien temprana el lector de su correspondencia percibe la amarga realidad: la falta de dinero, la mala administración y el derroche económico.

---

[49] *Ibidem*, p. 140.

[50] Juan Valera, 2002, p. 485. Carta dirigida a Leopoldo Augusto de Cueto desde San Petersburgo, 13 de abril de 1857.

[51] Juan Valera, 1868, p. 192.

Un excelente vino[52] difícil de comercializar por la ineptitud de unos o por la mala intención de otros[53]. Vinos cosechados en las tierras de su familia que nunca llegarán a comercializarse tal como deseó el propio Valera. Unas veces será el conde Hamall, apasionado por los vinos de Doña Mencía, cuyo interés por comercializar el vino en Inglaterra no llegó a realizarse. En otras ocasiones, será su cuñado Alfonso quien medie con comerciantes afamados de Londres para dar a conocer los vinos de su producción. Durante su estancia en legaciones europeas esta preocupación e interés por la venta del producto de sus viñedos fue un deseo, aunque la realidad fue bien distinta, pues nunca llegó a comercializarse en el extranjero. Un buen número de cartas dirigidas a Francisco Moreno Ruiz dan fe de los desvelos de Valera por sacar la debida rentabilidad de los viñedos de la familia.

El final feliz de *Pepita Jiménez* supone el reverso de lo sucedido en realidad. La falta de dinero y su fracaso matrimonial fueron los mayores obstáculos que encontró Valera a lo largo de su vida. Las deudas, los problemas de herencia y familia, su alejamiento de la mujer e hijos, así como la falta del «turrón» deseado en los momentos difíciles de su vida configuran su propia realidad y experiencias. Un relato, en definitiva, poetizado, pero que no desdeña motivos ni asuntos personales. La realidad vivida, sus pesares y angustias representan el envés de la moneda en *Pepita Jiménez*. Los arquetipos de belleza femenina, los episodios biográficos novelizados y el engarce de la acción con los profundos conocimientos literarios adquiridos hasta la publicación de su novela son elementos que fácilmente pueden detectarse si se lleva a cabo un escrutinio entre su correspondencia y el peculiar concepto que de la novela tuvo el propio Valera.

---

[52] A Serafín Estébanez Calderón le escribe desde Doña Mencía, 9 de abril de 1854, una carta en la que, entre otros aspectos, le comunica las excelencias del vino de Doña Mencía: «Es el jugo dulcísimo de las viñas del Rhin, que trasplantó a España Pedro Jiménez, enriquecido, abrillantado y espiritualizado por los rayos del sol del mediodía. Vino purísimo es éste, sin una gota de aguardiente, y sin más arrope que el que ha menester para tomar el color del oro [...]», Juan Valera, 2002, p. 291.

Vid. también las cartas dirigidas a Francisco Moreno Ruiz, fechadas el 16 y 22 de noviembre de 1862; José Freuller, 22 de junio de 1863; Dolores Delavat, 23 de septiembre de 1872.

[53] Sirva como ejemplo de mala distribución el párrafo que figura en la carta dirigida desde Francfort –11 de diciembre de 1865– a Moreno Ruiz: «El vino de Doña Mencía no ha llegado aún. Estas dificultades que hay ahí para todo me persuaden de que nunca saldremos de pobres. Si para enviarme 6 ó 8 arrobas de vino se tarda tanto y hay tantos obstáculos que vencer ¿qué sucedería si yo hubiera pedido mil arrobas?», Juan Valera, 2003, p. 251.